

VI Domingo de Pascua, Ciclo A

Padre Félix Jiménez Tutor, Sch.P

Escritura:

Hechos 8, 5-8.14-17;1 Pedro 3, 15-18;
Juan 14, 15-21

EVANGELIO

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: -Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros.

No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.

HOMILÍA

De joven era un revolucionario y mi oración a Dios era siempre la misma: dame fuerza, Señor, para cambiar el mundo.

De mayor viendo que no había cambiado nada, ni siquiera uno, cambié mi oración: Señor, oraba, dame la fuerza de cambiar a los míos, mi familia, mis amigos y me sentiré satisfecho.

Ahora que soy anciano y mis días están contados mi única oración es: Señor, dame la gracia de cambiar yo.

La historia de nuestra vida es la historia de nuestras relaciones. Y una relación implica comunicación, conocimiento, amor y presencia.

Y si en la vida real se dan esas relaciones vacías, en que dos personas viven sin conocerse, imagínense lo que pasa en la vida cristiana.

La palabra del Señor es verdadera y se cumple. Su promesa de darnos el Espíritu Santo es una realidad. El Espíritu Santo permanece con ustedes y está dentro de ustedes.

El Espíritu Santo y yo compartiendo el mismo piso, el mismo corazón y sin embargo no nos conocemos. Vivimos vidas separadas y dormimos en camas separadas. No hay relación. No hay comunicación. No hay conocimiento. No hay amor.

La vida de la carne y la vida del Espíritu son enemigas.

Confundimos muchas veces el amor con la cama, la felicidad con el dinero, la fe con las cosquillas, la esperanza con los sueños y la iglesia con la seguridad.

Jesús, en su ausencia, nos dejó su presencia en dos grandes regalos: el regalo del Espíritu Santo, el abogado, el maestro, el guía, el huésped del alma.

El Espíritu Santo no es un inquilino al que se le alquila un cuarto y uno se desentiende de él con tal de que pague la renta.

Y nos dio el regalo del mandamiento del amor.

"Si me aman guardarán mi palabra".

El cristiano es una persona que ama, obedece a Jesús y guarda su palabra.

El Espíritu Santo, para el cristiano, es el dueño del piso, el que gobierna la casa y con el que hay que estar en comunicación permanente.

El Espíritu Santo es el agente del cambio en la vida del cristiano y de la Iglesia.

Y las dos cosas que todos tenemos que hacer guiados por el Espíritu son:

Una pasar la tradición de generación en generación y en cada tiempo de manera nueva y con más atrevimiento para que todos la oigan. Y la otra es estar siempre abiertos a los vientos del Espíritu por los que esta tradición se hace viva y presente a cada generación.

Envíanos el Espíritu de fortaleza, a fin de combatir, en nosotros y en torno de nosotros, valerosamente el mal.

Envíanos el Espíritu de intrepidez, con el que los apóstoles comparecieron ante reyes y gobernantes y se confesaron.

Envíanos el Espíritu de paciencia, a fin de que en todas nuestras pruebas nos mostremos como fieles siervos tuyos.

Envíanos el Espíritu de alegría, a fin de sentirnos dichosos de ser hijos del Padre del cielo.

Envíanos el Espíritu Santo a fin de no desfallecer en este mundo, sino que nos alegremos de tu divina cercanía.